

POR TIERRAS DE LA GOAJIRA

ENVUELTA en manto de misterios, soñolienta, entre ardores de sol y reverberos de arena, se dilata caprichosa la franja de territorio goajiro donde ondea la bandera venezolana.

No ha despertado aún la Goajira de su sueño secular.

Duerme, como en tiempo de los audaces carabelas...

Duermen sus riquezas y sus hombres!

No importa que existan Sinamaica y Paracaipoa: clardes de civilización prendidos en el seno del desierto. No importa que el gesto venezolano se haya alargado audaz, hasta morir en Castillete... Son brotes en el arenal. Porque eso es todavía la Goajira: soledad inmensa de tierra desamparada. Y esa es la psicología del goajiro: fatalismo vivido al contacto con la pelada arena!

Y sin embargo, ¡encierra tanto ramillete de ilusiones la Goajira!! Y hay en ella tal amasijo de misterios y esperanzas!

EL PAISAJE

Empecemos por decir que en el seno de la Goajira existen parajes milagrosamente bellos. En ella encontramos juxtopuestos, codo a codo, como hermanos sentados a la mesa paterna, elementos de rara belleza: la fluyente superficie cantarina del agua, retozo de estrellas en la noche, junto al ceño áustero, ilimitado, de la llanura quemada.

El paisaje! La Laguna de Sinamaica: brumosa: su superficie, tersa, mansa, suave... Y sobre ella, nítidamente espejadas, largas hileras de barrios lacustres: todo un pueblo que, sobre el lago, teje cada día su trama de faenas y dolores.

Son los paraujanos: amigos añejos de la brisa y el silencio, de esa criatura maravillosa: el agua! Por eso, afincan sus casas en el corazón del lago. Por eso, se alimentan de la riqueza bullente del agua: la pesca; o viven de lo que nace en el fondo del misterio lacustre: la enea.

El paraujano: sencillo, morigerado, austero y sonriente a la vez, de arquitectura psíquica con quietud de lago cerrado y sencillez de brisa.

El paraujano: sin luz eléctrica ni teléfono; escaso su alimento y su jornal... pero que sabe, solícito, en el fondo de su vivienda lacustre, mantener encendida la lamparita del amor patrio.

También se espeja en la laguna el anillo esmeralda de sus fastuosas riberas,

más allá de la aldea. Verde milagroso, variedad polifónica la de ese soberbio turbante, más bello aún reflejado en la frente del lago!

Aprisionados quedan, finalmente, en la codiciosa superficie, la rauda estela de un vuelo y el cambiante colorido celeste de arriba. Rica policromía que se va desgajando lentamente el compás de las horas: ténue azul a los primeros parpadeos de la luz; azul triunfal al mediodía; capa gris, plomiza, en horas de tormenta; lomo de terciopelo negro, horadado de estrellas, en el seno de la noche.

Del lago pasamos al caño que nos lleva a Carauya (Sinamaica).

Aumenta el misterio. Suspenso el ánimo, estremecido de emoción, ante el milagro de belleza.

Las orillas están cuajadas de sorpresa estética: la flor de penda, "que cuando florea, se pone como una manta blanca", que ciñe al agua, al decir de los naturales. El juego caprichoso de los bejucales, que van formando grutas y encajes y rincones, perfumados con confidencias de selva.

Al deslizarnos sobre el caño, nos sale al paso la serenidad del brazo que desemboca inesperado, bajo la densa bóveda verde.

Y más allá, el gesto audaz del cocotero, puesto en el fondo, de puntillas para dominarlo todo.

Y a cada paso, el toque de color y la nota armoniosa, prendidos sobre la felpa verde, misteriosa y tupida: el traje blanquinegro de la "viudita", la nerviosa mancha amarilla del turpial, la maestría del arrendajo-cantor.

De repente: la apacible silueta, recortada a tijera, del cáñamo (cigüeña), inmóvil, sobre el azul impecable.

¡Exuberante pedrería de cosas bellas, apinadas en un rincón de La Goajira!

Belleza también —aunque austera— rezuman sus llanuras: barrida quedó de ellas toda vegetación, esfumada toda ternura. Yetokoros (cardones) trabados en lucha secular con la arena; brisa, furioso jinete sobre la pelada extensión.

En esa Goajira, amasijo de bellezas naturales, vaciadas en desolación; en esa tierra, dura, austero, difícil, inexplorada, viven su vida miserable miles de indios venezolanos...

También tienen ellos su paisaje interior: fisonomía inconfundible, mundo de tradiciones poéticas, terribles y misteriosas...

Algunos rasgos, nada más, espigados al azar, sobre las costumbres indias del goajiro venezolano.

¿LEYENDA O REALIDAD?

Es tan exótica, tan lejana de nuestra mentalidad, que todos se resisten a aceptar como real cierta costumbre goajira. Y sin embargo, la he podido comprobar como muy generalizada.

Se nos figura envuelto en halo terrorífico de literatura fakir, como innecesario derroche de austeridad. Pero responde ella al concepto que sobre la seriedad de la vida de hogar se forma el goajiro.

La vida hogareña es algo difícil y noble: la niña deberá aprender, a través de un duro noviciado, a ser madre y dueña del hogar.

Y para que en esta tarea nada la estorbe, y con el fin de crear en ella el hábito de laboriosidad y de apego a las paredes hogareñas, se la encierra —así, literalmente— durante varios años.

Una pequeña choza, separada ordinariamente de la casa paterna, y construida ad hoc, será la prisión donde ingresa la niña hacia los catorce años.

La "majoyurs" rica permanecerá cuatro años prisionera; la pobre, dos años, completamente incomunicada, sólo la podrán visitar, de noche, sus padres y una tía materna.

Y ¿qué hace, entre tanto, esta pobre flor de invernadero, recluida en la doble soledad de su celda goajira?

Allí aprende las labores de mano: el arte de bordar, de hilar con el huso, o de "torcer la homaca". Allí queda sometida a un régimen especial: pasa los primeros días sobre un chinchorro. Durante todo el tiempo no puede comer "carne de monte" y se alimenta, preferentemente, de una insulsa mazamorra de maíz.

En torno a la niña encerrada se despliegan velos de respeto: aquí hay una "majoyurs"... allí otra... susurran enigmáticos los sabedores.

Es el blanqueo (así se llama a este encierro) el tiempo de pactar condiciones matrimoniales. Se hacen ofertas. A las tías maternas, previa compulsación de precios, tocará ajustar el matrimonio.

Al cabo del tiempo señalado, la pobre "majoyurs", convertida en "majoyursu" abandona su prolongado retiro y es consignada a un desconocido, el que en la puja ofreció más cabezas de ganado.

¡Pobre frágil criatura! En su rostro lleva

toda la flacidez de flor encerrada, mientras surcan su piel transparencias de mármol!

Costumbre secular, ecos de Oriente aún perpetuados entre nuestros indios: los mejores años de la vida, los años de la franca alegría y de la carcajada sonora, los pasa la niña goajira dialogando pálidamente con una soledad, construida en el corazón del desierto. Y entretanto, retoza fuera el sol...

¿Realidad o leyenda?

AL COMPAS DEL "CASHI"

Un ingente "cashi" (tambor), fuerte, oscuro, con su bien templada piel de "hico" (cabrilla) y herido acompasadamente por el "shir" (palillo) va desatando su ronco ritmo sobre la ágil pareja que, en círculo cerrado, baila "la danza de la chicha".

La danza es fenómeno universal. Se creería que el espíritu humano está amasado con ritmo y padece nostalgias de verter cadencias en movimiento.

Como todos los pueblos del mundo, también el goajiro cultiva la danza; sólo que ésta es reflejo de su alma: monoritmica, fatalista, guerrera y prendida en el cerco de una lengua de tierra.

No es la grácil flexibilidad de la música baileable. Es el martilleo sonoro, implacable, que va acosando con su estrépito el peso garboso de la pareja.

La india veloz, agitada, pisa la huella que el indio, bailando frente a ella, va dejando tras sí.

Ella flota entre los pliegues abombados de su gran manta vistosa. Y él, ceñida la camisa, con sus bombachos de baile, y en la cabeza, rematando el turbante, los temblores de una pluma de ave. Estampa brillante, pletórico.

El baile reviste sentido guerrero. Se afana el indio por exhibir su habilidad de danzarín: avanza siempre de espaldas y describiendo círculos.

Ella, gacela guerrera, con su propio pié fabrica el lazo: en un instante imprevisto, cae por tierra derribado el adversario. Ha sido una "zancadilla" moestra... Prorrumpe entonces el "cashi" en un turbión de notas, como para celebrar la belicosidad triunfadora de la india. La danza de aquella pareja ha concluido.

Horas enteras siguen los danzantes enhebrando sus ritmos, mientras en la llanura sin fin gotea el ronco zumbido del "cashi". Es un contraste más de la tierra de los misterios: fiebre de enjambre humano, sobre mutismo de arena y claror de crepúsculo!

ESTADO ECONOMICO Y SOCIAL

Muchos rasgos sobre usos y costumbres quedarían aún por describir; los reservamos para otra ocasión.

Dos palabras, antes de terminar, acerca de la impresión de conjunto que nos produjo la Goajira: la tierra podría ser rica; la roza está llena de promesas. De hecho: deja una impresión agobiadora.

En La Goajira venezolana "todo pasa, nada queda", como se expresaba un conocedor de la tierra. Queda tan sólo la huella del ganado, la riqueza del goajiro, que pasa también con espejismos de caravana cargada de botín. Y todo va a desembocar a Caracas o Maracaibo.

Trabajar la eneo es laborioso y resulta miserablemente retribuido.

Hasta hace poco, el indio era objeto de vil explotación, por parte del blanco. No son exageraciones novelescas los tétricos cuadros de Rómulo Gallegos, en su magistral obra "Sobre la misma Tierra". Escenas inconfesables de esclavitud en haciendas del Catatumbo; indios arrancados de La Goajira entre fraudes y vanas promesas, y a veces, por las mismas autoridades del tiempo gomecista. Se subleva el ánimo al escuchar ciertos relatos, de cuya autenticidad existen tantos testigos como habitantes.

No faltan, naturalmente, como en todas partes, indios acomodados (a quienes no sobran las comodidades!) en la Goajira venezolana. Pero al lado de éstos, cientos de indios arrastran una vida miserable: cuyo único alimento es el plátano y la chicha; vestidos sumariamente con un toparrabos; habitantes de una tarima, clavada sobre palos, y apenas cubierta por un techo de eneos.

Allí, hacinado, sin la defensa siquiera de una pared y expuesto a las molestias de la plaga, se va apagando la escualida familia. Llevan una vida lánguida, corroída por la pereza y la desnutrición.

El alcoholismo es, además, una nueva plaga que se ha desplomado sobre La Goajira. Alcoholismo más perjudicial que en otras partes, ya que el indio bebe productos tóxicos, elaborados clandestinamente en alambiques de la frontera.

Siempre conservaremos fresca la conversación sostenida con el Cacique de un pueblo netamente indio: Guarero. Se nos recibió amablemente, con todo género de cortesías; se nos hizo sentar en una hamaca y, después de ofrecida la "chicha", se dispuso el Cacique a responder a nuestras preguntas.

"Cuando algún indio cae enfermo, ¿qué hacen ustedes?"

"Yo mismo me ocupo de ellos. Un baño caliente. Una inyección de quinina (la panacea universal en La Goajira). A veces, se baila alrededor del enfermo. La Píache!"

"Y ¿cuál es la necesidad más urgente de este pueblo?"

"La escasez de agua! Aquí harían falta cuatro pozos. Sólo hay dos; y los pobres indios vienen desde lejos, desde Moína, a buscarla... desde cinco kilómetros. El mismo maestro de Moína tiene que venir a buscarla todos los días con dos burritos (detalle seguramente no previsto en el plan del MEN: diez kms. diarios para acarrear agua.....!)

A veces, se agota el agua! Los indios emigran a Colombia, por falta de agua!"

"Y si no fuera por la escasez de agua, ¿qué produciría esta tierra?"

"Aquí la tierra es buena; es de agricultura. Puede producir de todo: maíz, ahuyama, ajonjolí, tabaco. Aquí se cría la cabra, el ganado, el burro..."

El Cacique recalca que, para Guarero, al lado del agua, existe otra necesidad perentoria: la escuela.

De sus labios voy recogiendo datos sobre costumbres indias, etc. Se trata de un Cacique inteligente, formado en Colombia, amante de su raza y con auténtico patriotismo venezolano.

Una conclusión se impone ineludible: La Goajira necesita urgentemente una solución "integral" a sus problemas económicos y sociales; solución acomodada a su raza y costumbres, así como a sus indigencias éticas y religiosas. Ello supondría la inversión de capitales, es cierto, y esfuerzo técnicamente encauzado; pero, sobre todo, buena dosis de entusiasmo indigenista en nuestra Patria.

En este sentido, es digno de todo aplauso el apoyo que el Gobierno está dispuesto a prestar a la recientemente fundada Misión de los RR. PP. Capuchinos. Aunque inmediatamente encargados de la evangelización del indio, ellos, en Venezuela como en Colombia harán obra de progreso social y cultural. Y se explica: porque piedra fundamental para ellos es el sincero afecto, que se traduce en sacrificio, hacia el indio!

Goajira: tierra misteriosa, dormida sobre aguas de ilusión; ojalá llegue pronto para ti la hora del despertar definitivo!

Carlos G. Plaza.